

comido por los cuervos y olvidado...
Como todo buen mozo jubilado,
su vida hizo más ruido que su muerte.

CANTO SEGUNDO

LAS MUJERES EN EL CIELO

I

Muerto don Juan por fin, y muertas ellas,
el linde al trasponer del otro mundo
(según refiere un teólogo profundo
que sabe lo que pasa en las estrellas),
conforme iban entrando,
un ángel grave, de equidad modelo,
fué sus almas pesando
en medio del vestibulo del cielo.

Y mientras con delicia
ve el ángel de la gracia y la justicia
que, por su grande amor y su esperanza,
pesaban de ellas más en la balanza
los días buenos que las malas horas,
y con risa inefable
el ángel á las cinco pecadoras
les promete la gloria perdurable,
ve don Juan con espanto
que sus muchos pecados pesan tanto
que lo pintan, como es, abominable.

Pero él el fallo del Señor, sumiso
aguarda esperanzado, porque sabe
que aquellas cinco hermosas
que él quiso, ó mejor dicho, que él no quiso,
aunque sea robando alguna llave
á espaldas de san Pedro, generosas
las puertas le abrirán del paraíso.

II

Y la fe que tenía
en sus pobres amantes, ya gloriosas,
era justa, á fe mía,
porque ¿quién lo creería?
aquellas cinco víctimas piadosas
que don Juan tantas veces ha vendido,
al cielo le han pedido
que salve del bribón el alma impía,

y Dios, por excepción, ha permitido
que don Juan pueda ser en aquel día
por los méritos de ellas redimido.

¡Oh encantadores seres
del alma humana incomprensible abismo!
¡Si el hombre sabe poco de sí mismo,
sabe menos quizás de las mujeres!

¡Por eso yo, que indago su destino,
y el alma humana en estudiar me afano,
veo en el hombre el corazón humano
y en la mujer el corazón divino!

¡Y por eso por ellas,
en mis locos amores,
del mundo entero devasté las flores,
y descolgué del cielo las estrellas;
y por eso jamás el alma mía,
pintándolas un día y otro día,
pudo agotar sus gracias por escrito,
porque pintar una mujer sería
verter lo inagotable en lo infinito!

III

La entusiasta italiana que veía
perder un alma que salvar quería;
que, siempre seductora
á aquella luz de un alma sin aurora,
como era tan morena, parecía
una flor colonial encantadora,
viva, arrebatadora,
sobre el platillo que don Juan vencía
este mérito echó que le sobraba,
y es la alta acción de que jamás cantaba
una canción de frases muy picantes
que aprendió siendo joven, y mucho antes
de saber la malicia que encerraba.

Mas con tristeza viendo
la poca gravedad de tal presente,
fué echando en el platillo lentamente
todas las penas que sufrió, teniendo
una jaqueca, á ratos, persistente;
y viendo que tampoco esos dolores
alcanzaban para él el paraíso,
echó después sus méritos mejores,
que son los de hacer caso á sus mayores
en tanto que quisieron lo que quiso.

IV

Vió este inútil afán, y en el momento
la alemana, radiante de contento,
alza su cara roja
y en el platillo arroja
el caso peregrino
de que, odiando el alcohol, siempre aguló el vino.

Y viendo que no alcanza
á inclinar del platillo la balanza
por más que echó á montones
las muchas ocasiones
en que quieta y pastosa su belleza
sacrificó el placer á la pereza,
también, con vano intento,
echó por fin el bello sentimiento
de que fué muy honrada
el tiempo en que encerrada
estuvo tras las rejas de un convento.

V

Pero, de pronto, lleno
el corazón de Luisa de esperanza,
al ver que no se inclina la balanza
ni un ápice hacia el lado de lo bueno,
mira á don Juan con tierno coquetismo
y en el platillo del opuesto lado
echa el inmenso afán que le ha costado
el raspar su partida de bautismo.

Después, enternecida,
el mérito arrojó de que en su vida,
atenta al bien de su razón tan sólo,
prefirió el dios millón al dios Apolo,
y méritos y méritos echando
(siempre á don Juan mirando),
lanzó en el fondo del platillo Luisa
la acción dudosa de venir amando
los huesos de su esposo á lo Artemisa.

VI

Como eterna rival de la francesa
Fanny Moore, la inglesa,
que, entre muchas acciones honorables,
siempre había tenido
el dolor impagable de haber sido

víctima de perfidias adorables,
el mérito mayor que le sobraba
lánguida echó sobre el rebelde plato,
y era el tierno relato
de un antiguo amador que ella no amaba,
al que oyó tan arisca como un gato;
añadiendo un tratado de exorcismos
que ella escribió, repleto de aforismos.

Mas viendo que era inútil su cuidado,
en el platillo echó de la balanza
las horas de fastidio en que no ha amado,
y aquellas en que amó sin esperanza;
y hasta con aire altivo y pudibundo
volviendo al cielo de extrañeza loco,
echó después el mérito profundo
de que, estando en el mundo,
solamente en la edad mentía un poco.

VII

Mirando Julia el invencible peso
que el alma inicua de don Juan hacía,
se sintió acometida de un acceso
de antigua y renovada idolatría:
y como ama con fe todo lo que ama,
y siempre, amando, hasta el delirio toca
(cual una indiana cuerda que está loca
y se quema al morir su viejo Brahma),
al mirar á su amante condenado,
pensando en su ternura del pasado,
calcula resignada
que ir por él condenada
al infierno es preciso...
mas ¿qué importa? para ella el paraíso
es el ser bella, amar y ser amada.

Julia, por ver al punto rescatado,
aquel bribón dichoso,
nunca cautivo y siempre enamorado,
ya el semblante de cólera amarillo,
juntando con lo altivo lo gracioso,
en cuerpo y alma se arrojó al platillo;
y así, perdiendo su alma la española,
el alma redimió del caballero
con tal valor, que el peso de ella sola
hubiera redimido al mundo entero.

VIII

Y esto es tan verdad, que el cielo siente
 una ternura á nada comparable
 mirando tristemente
 caer desde el empíreo á la inocente
 en el abismo del amor culpable,
 y al ver que, tan resuelta como bella,
 la española, esa caña inquebrantable,
 el noble fin de sus amores sella
 salvando del infierno á un miserable.
 ¡Oh cuán cierto es que en pechos como el de ella
 el amor imposible es el probable!
 Mas ¿por qué, cielo santo,
 esa hermosa á don Juan ha de amar tanto
 que él se lleve el honor y ella el castigo,
 siendo ella la virtud y él el infame?...
 Dice san Agustín:—Dadme uno que ame
 y veréis como entiende lo que digo.—

IX

Viendo el amante celo
 de esta especie de Cristo,
 de amor terreno y redención modelo,
 resonó en el vestibulo del cielo
 cuanto tiene el asombro de imprevisto.
 Y cuando Julia, altiva,
 al sacrificio su locura eleva,
 á sus rivales maliciosa y viva
 les echa una mirada de hija de Eva;
 y al ver á tan sublime visionaria,
 quedando como heridas por el rayo,
 la contemplan las otras de soslayo
 con cierta estimación involuntaria:
 rápida la francesa
 con ojos la miró de envidia llenos;
 y prorrumpió la inglesa:
 —*Very well, very well*,—que son dos buenos;
 y callando humillada la italiana,
 se admiró en una frase la alemana
 de treinta consonantes por lo menos:
 pues era en aquel día
 del cielo el entusiasmo tan ardiente,
 que hasta don Juan gritó:—¡Perfectamente!
 ¡Si fuera yo mujer lo mismo haría!—

X

Julia, en momentos tales,
 se encuentra tan divina,
 que perdonar no quieren sus rivales
 la grande admiración que las domina,
 y las cuatro, frenéticas de celos,
 ven que cuanto ella mira se alborozan
 (pues lo mismo en la tierra que en los cielos
 era técnicamente buena moza);
 y, á pesar de la augusta
 caridad de san Pablo,
 como nunca á la envidia le disgusta
 ver cómo á un alma se la lleva el diablo,
 como es la más genial y peregrina
 imagen de la raza femenina,
 celosa la italiana en tal momento
 unos hondos suspiros lanza al viento;
 después la inglesa, con sonrisa amarga,
 echa hacia arriba una mirada larga;
 y con faz tan divina como humana,
 sin repetir su interminable frase,
 paciente la alemana
 parecía una estatua que llorase;
 y la francesa, que con ojos mira
 de un color, entre blanco y azulado,
 que daba á su mirada un aire frío,
 hasta llegó á decir, siendo mentira,
 que en Sevilla una vez mató con ira
 á otra cierta mujer en desafío;
 y las cuatro rivales
 no notaron jamás, hasta aquel día,
 que la española, al parecer, tenía
 los ojos un poquito desiguales:
 y aunque eran como Julia, todas bellas,
 por su belleza era la envidia tanta,
 que, bajando la voz, dijo una de ellas:
 —Se va al infierno por fingirse santa.—

XI

Pero ¿qué vil conjuración es esta
 contra un ser tan paciente?
 Es la mujer tortuosa que detesta
 por celos del oficio á la serpiente.
 Ser rival es odiar y ser odiada,
 hasta la misma sombra condenada
 cuando, al andar, con cadencioso talle,
 y al ver el no sé qué de su mirada,

las almas al pasar le abrían calle,
sin respeto tal vez al lugar santo,
humilla á sus rivales con encanto
porque estos bellos seres
aunque se ocupen de los hombres tanto,
se ocupan mucho más de las mujeres.

XII

Y ¿qué era de don Juan? Don Juan tranquilo
dos lágrimas soltó de cocodrilo;
y porque al cielo su elegancia asombre,
mira en torno con plácido cinismo,
con aquel aire fanfarrón de un hombre
que tiene una alta idea de sí mismo;
y cuando entra en los cielos insensible,
su pobre redentora despreciada
con ojos de limpieza irresistible
le acaricia al pasar con la mirada;
pero él, exagerando pretencioso
la parte teatral de su manera,
volviéndole la espalda, ni siquiera
dejándose adorar fué generoso;
y en tanto que los buenos serafines
ancho paso le abrían,
sus miradas decían:
—Vedme bien; soy don Juan. ¡Sonad clarines!—
Y la española, aunque contiene el llanto,
de mirar tal desprecio, casi loca,
á juzgar por los ayes que sofoca
nunca mártir alguno sufrió tanto;
porque ¡oh Dios! ¿quién creyera
que aquel hombre galán y degradado
dejase á Julia, sin mirar siquiera
á una mujer tan noble y hechicera
que, si volviese á verle desgraciado,
su propia sangre á su salud bebiera?
Pero aquella alma vana,
probando que era cierta
la expresión italiana
de—pensamiento oculto en cara abierta,—
deja á Julia, sabiendo
que queda su ex querida
de alma y cuerpo perdida,
y en el cielo se entró como diciendo:
—Que Dios os dé salud y larga vida.—
Y dolor afectando,
las rivales le siguen, ocultando
su rabia y sus enojos;

y entran con él las pérfidas, mostrando
rabia en el corazón, llanto en los ojos.

XIII

Cuando Julia después ya no veía
al león que la había fascinado,
y en su aire consternado
revelaba el martirio que sufría,
la madre Eva, saliendo de repente
del fondo de la gloria,
le dijo á Julia cariñosamente:
—Aun vive en ti el honor de mi memoria;—
y, abrazando á la sombra despreciada,
—¡Hija mía! ¡hija mía!—
nuestra madre primera le decía,
y cien veces teniéndola abrazada,
—¡Eres tan hija mía!...—entusiasmada
Eva le repetía:
y contemplando en Julia el tipo eterno
de esas almas benditas
que tornan por lo que aman al infierno
en un sueño de dichas infinitas,
la madre universal de las naciones
cuando deja del cielo las regiones,
más que por propios, por ajenos vicios,
llena á Julia de santas bendiciones
en nombre de los buenos corazones
que comprenden los grandes sacrificios.
¡Ay! ¡Aunque os jure la estulticia humana
que una mujer es todas las mujeres,
yo os juro por el padre de los seres
que aquella alma infeliz no tiene hermana!

XIV

Viendo á Julia que marcha resignada
del cielo azul hacia las puertas de oro,
todo el celeste coro
suspira por la sombra desterrada,
y de Julia las huellas
sigue con paso incierto
por las regiones bellas,
donde se ven como en un libro abierto,
poemas cuyas letras son estrellas.
Y cuando Eva doliente,
al volverle á decir:—¡Pobre hija mía!—
la atrajo hacia su pecho dulcemente,

de Julia un gran torrente
de luz apocalíptica salía ;
y cuando Eva así exclama
y aquellas almas buenas
ven ir hacia el infierno, por el que ama,
á la noble mujer por cuyas venas
no circulaba sangre sino llama,
por algunos momentos
reinó por las regiones bonancibles
uno de esos terribles
silencios que rebosan pensamientos.

XV

Julia después, con altivez suprema,
con el velo arrollado
por la frente, á manera de diadema,
lo mismo que una reina que ha abdicado,
para seguir con paso reverente
de su Calvario la desierta vía,
su vestido de luz graciosamente,
como un ave sus alas, recogía ;
y un serafín que de los cielos vino,
y que, admirado, á su pesar lloraba,
de la sombra el camino
con su espada de fuego le mostraba ;
y al ir andando la heroína aquella
que al coro de los ángeles asombra,
la luz dió fin en palidez de estrella,
y quedándose fueron ellos y ella
los unos en la luz y ella en la sombra !



DON JUAN

y un serafín que de los cielos vino,
y que, admirado, á su pesar lloraba,
de la sombra el camino
con su espada de fuego le mostraba.